

Reseñas

ANGELOS ANGELOPOULUS, *Pour une nouvelle politique de développement international*, París, Presses Universitaires de France, 1976, 197 pp.

Tras un largo periodo de crecimiento sostenido, los países industrializados entraron desde principios de 1974 en una nueva fase caracterizada por elevadas tasas de inflación y desempleo, descenso de la producción industrial y del ingreso nacional, aumento sin precedentes de los déficit en balanza de pagos y ruptura del sistema monetario internacional. Por su parte, los países en desarrollo se vieron afectados por la disminución de la demanda de los países industrializados, el deterioro de la relación de precios del intercambio, los problemas surgidos en materia de balanza de pagos y la aplicación de medidas antinflacionarias. ¿Se trata de una crisis pasajera? ¿Cuáles son sus causas? ¿Por qué hay inflación? ¿Por qué hay desempleo? ¿Qué posibilidades existen de salir de la crisis?

La obra de Angelopoulos que reseñamos intenta dar respuesta a estos interrogantes básicos sobre el origen, evolución y consecuencias de la crisis económica actual. Partiendo de la hipótesis de que, no obstante la dimensión mundial de la misma, existe una falta total de acuerdo respecto a las medidas de política económica que convendría adoptar para superarla, Angelopoulos se aboca en este libro a la tarea de definir la pauta de una nueva política de desarrollo internacional. En particular, le interesa definir, con base en un enfoque keynesiano de la economía, cuál debe ser el papel de las inversiones a escala mundial, cómo podrían utilizarse las plusvalías de los petrodólares y del oro y cuál es el verdadero significado del nuevo orden económico internacional.

La preocupación inicial del autor consiste en desentrañar algunos de los mitos que se han creado en torno al origen de la crisis actual, según el autor, para encubrir los errores de política económica y social cometidos en los últimos años. El petróleo es el caso típico. Se dice que una menor elevación de su precio haría posible una rápida recuperación económica de los países industrializados. Sin embargo, aunque no se hubiera producido la cuadruplicación del precio del crudo, habría hoy en día una inflación de

igual magnitud y un desempleo tan considerable, pues el sistema económico en su forma actual tiene serias debilidades estructurales.

La economía internacional enfrenta en la actualidad tres problemas básicos: una fuerte espiral inflacionaria, tasas de desempleo crecientes y peligrosamente altas y un grave deterioro de las balanzas de pagos, en particular en cuenta corriente, de los países no productores de petróleo. La causa primordial del desempleo y la inflación es una insuficiencia de inversiones productivas que se contraponen a una expansión sumamente acelerada de dos tipos de gastos improductivos: en armamento y en seguro de desempleo. En los últimos años, la industria bélica ha alcanzado proporciones alarmantes sin que ello haya contribuido en absoluto a una verdadera seguridad nacional o internacional. Por otra parte, al destinar fondos crecientes al seguro de desempleo, los países industrializados están distrayendo recursos de la producción que se podrían utilizar para aliviar el problema del desempleo. En suma, la economía mundial ha tomado un rumbo "eminentemente improductivo" que, lejos de mejorar el bienestar de la humanidad, agudiza las presiones inflacionarias y agrava la crisis económica general.

La experiencia de la recesión actual parece confirmar la teoría keynesiana. Desde 1973 asistimos a un descenso en la producción de los países desarrollados y a una disminución de las inversiones que han dejado inutilizado e inactivo un monto de ahorro creciente. Como persisten la recesión, las presiones inflacionarias y el desempleo, los empresarios no prevén un aumento en las utilidades. En consecuencia, hay una demanda efectiva insuficiente para absorber la oferta de trabajo y asegurar el pleno empleo, pese a las medidas de aliento a la inversión concedidas por el estado.

Sin embargo, las medidas de política económica sugeridas por Keynes para superar la crisis de los años treinta resultan insuficientes ahora para retomar el camino del crecimiento sostenido. En opinión de Angelopoulos, las nuevas condiciones demandan una ampliación de las fronteras de la teoría keynesiana; una interpretación de la misma no en el estrecho marco de una nación, sino a la luz de la sociedad internacional.

Se han dado pasos importantes en la elaboración de un programa coordinado a escala mundial para superar la crisis, entre los que destaca la adopción en 1974 de la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados. Asimismo, en las sucesivas reuniones en la cumbre que han abordado el problema de la crisis actual se han hecho recomendaciones concretas para solucionar los problemas relacionados con el comercio internacional, las materias primas, la industrialización y la transferencia de ciencia y tecnología.

La clave del éxito de muchas de estas propuestas es, en opinión del autor, el financiamiento. Angelopoulos sugiere al respecto dos procedimientos estrechamente ligados: por un lado, un nuevo Fondo de Financiamiento formado por aportaciones de los nueve países industrializados equivalentes al cinco por ciento de su producto nacional bruto y administrado probablemente por el Banco Mundial. Este Fondo sería utilizado para mejorar

la situación financiera de los países en desarrollo. Por otro lado, se sugiere el saneamiento de las deudas actuales sin el cual existe el riesgo de que tarde o temprano muchos países se vean obligados a declararse en bancarrota.

Además, Angelopoulos sugiere que se tomen medidas que preparen el terreno para una colaboración más estrecha en el plano internacional, tales como el reciclaje de las plusvalías de los ingresos provenientes de la producción de petróleo y del incremento de la plusvalía del oro que poseen los países industrializados. La primera medida consiste en la canalización de la plusvalía obtenida por los países de la OPEP no hacia el euromercado, como se ha hecho hasta ahora, sino hacia el Fondo Monetario Internacional, con el fin de conceder préstamos en mejores condiciones que las que rigen en la actualidad para los tramos de crédito correspondientes al Servicio de Petróleo. La segunda medida se refiere a la aplicación de un impuesto sobre la plusvalía del oro en favor de los países más pobres. Hasta la fecha, los bancos centrales de los países industrializados que adquirieron reservas de oro con anterioridad al reajuste del precio del metal han sido los únicos beneficiarios de dicha plusvalía. Se trataría pues de que estos países utilizaran el equivalente a un tercio del incremento del valor del oro para permitir a los países en desarrollo adquirir bienes y servicios, con la intermediación de alguna institución internacional del tipo del Banco Mundial.

El último capítulo de la obra está dedicado al análisis de las causas más profundas de la ruptura del sistema monetario internacional y la evolución de las reformas al mismo, incluido el abandono de la estabilidad de las paridades, el establecimiento de la famosa "serpiente monetaria" y la crisis monetaria europea ocurrida en la primavera de 1976. Por una falta de alineación de las políticas económicas de los países industrializados y la ineficacia de las medidas adoptadas para combatir la inflación y el desempleo, los esfuerzos por lograr una reforma monetaria han resultado un fracaso completo. Para superar el estado actual de confusión que reina en el ámbito monetario es preciso, según Angelopoulos, establecer antes que nada una moneda supranacional constituida por los derechos especiales de giro (DEG) y ligada al oro como "paraguas monetario". Asimismo, es imperativo poner fin al programa de subastas de oro del Fondo Monetario Internacional iniciado en enero de 1976, que en teoría debía servir para estabilizar el mercado, pero que en la práctica favorece la especulación en perjuicio de los intereses de los países pobres y prolonga el clima de desorden e inestabilidad con respecto al precio de dicho metal.

Por tratarse del tema del nuevo orden económico, podrá parecer al lector que la obra ha perdido vigencia. Aunque ciertamente el análisis de Angelopoulos no añade gran cosa al conocimiento de los aspectos más conocidos de la discusión sobre la Carta de Derechos y Deberes y el fracaso de la Conferencia Norte-Sur de París, consideramos que sí proporciona algunos elementos valiosos (sobre todo de política monetaria), para la elaboración

de una estrategia de negociación internacional para los países en desarrollo.

Angelopoulos se coloca siempre en una perspectiva bastante equilibrada: recoge las fallas del sistema que podrían capitalizar los países en desarrollo, pero considera también el punto de vista y los intereses de los países industrializados. Este afán por estudiar siempre los problemas desde una doble perspectiva impide a Angelopoulos analizar con mayor profundidad y espíritu crítico algunos problemas centrales de la relación norte-sur. Tal es el caso de la acción de las empresas transnacionales (ET) en los países en desarrollo. El autor considera al respecto que éstas pueden llegar a efectuar una contribución importante al desarrollo de los países más atrasados en los ámbitos de la transferencia de tecnología y la industrialización, con la condición de que su actividad se desarrolle conforme a un código de conducta, aceptable para ambas partes. Angelopoulos considera que es necesario asegurar que la presencia de ET corresponda a los intereses del país de destino, esto es, que la acción de estas empresas sea coherente con los objetivos de desarrollo del país receptor. Sin embargo, ha quedado plenamente demostrado que la especialización sectorial de las ET responden necesariamente a las características de la estructura productiva del país de *origen* y al nivel relativo de eficiencia económica alcanzado en las distintas ramas. Si a esto se agrega el hecho de que a menudo las acciones de las ET entran en conflicto con ciertos objetivos del estado —como un mayor nivel de empleo— resulta cuestionable el planteamiento de que sea posible normar el comportamiento de estas empresas, vía un código de conducta aceptable para ambas partes.

Otro ejemplo significativo de la falta de profundización en el análisis es el caso de la deuda pública externa de los países en desarrollo. Angelopoulos centra su atención exclusivamente en el monto de la misma, y desatiende por completo cuestiones tan significativas como la importancia creciente de los bancos comerciales como fuentes financieras de los países en desarrollo no exportadores de petróleo. El hecho de que tienda a decrecer la participación relativa de los flujos financieros oficiales al tiempo que aumenta la dependencia de las fuentes privadas bancarias de financiamiento implica un progresivo deterioro de la estructura de la deuda: cada vez se dificulta más el uso del financiamiento en inversiones productivas de largo plazo, el plazo promedio de los préstamos se acorta y, en general, se agrava el problema del servicio de la deuda y la capacidad crediticia de los países.

Por lo que toca a las recomendaciones para la elaboración de una nueva política de desarrollo internacional que forman sin duda la parte medular de la obra, puede decirse que hay poca originalidad en las mismas. Tal es el caso del Fondo de Financiamiento al que nos referíamos anteriormente. Dada la magnitud del problema del endeudamiento de los países en desarrollo y el descenso sostenido en los flujos de financiamiento oficial, es probable que el aumento de recursos que se logre por las vías propuestas por Angelopoulos signifique en realidad un incremento muy modesto. Pero, además, parecería como si el financiamiento y la utilización eficiente de los

fondos —sean éstos donativos, préstamos o cesión de plusvalías sobre los petrodólares o el oro— fueran la clave de la solución a la crisis por la que atraviesan los países en desarrollo. El caso de muchos países latinoamericanos en la actualidad demuestra precisamente que la disponibilidad de financiamiento no asegura por sí sola la resolución de los problemas estructurales internos. Suele ocurrir más bien lo contrario: que el acceso a fuentes externas de ahorro retarde la solución de los problemas de fondo e induzca a los gobiernos a efectuar ajustes menores de políticas caducas, cuando que serían esenciales reformas mayores para acelerar el desarrollo.

De las muchas medidas sugeridas por Angelopoulos respecto a la reestructuración del sistema monetario, apenas unas cuantas han podido ser llevadas a la práctica. Entre ellas destaca la transformación del DEG en el principal activo de reserva del sistema monetario internacional, establecida en la segunda enmienda al estatuto jurídico del Fondo Monetario Internacional en abril del presente año. En cuanto a la función del oro, parece haber ocurrido algo muy diferente a lo que apunta Angelopoulos, esto es, la conveniencia de fijar una "convertibilidad simbólica" del oro. La enmienda citada establece que los países miembros pueden poner en práctica el régimen de cambios de su elección, pero no pueden fijar para su moneda una equivalencia en valor respecto al oro. Contradiciendo pues los planteamientos de Angelopoulos, se ha suprimido la función del oro como unidad de valor de los DEG y como denominador común de las paridades de las monedas, y se ha establecido que el Fondo deberá desprenderse de todas sus existencias, vendiéndolas y distribuyéndolas de acuerdo con los métodos ya establecidos.

Las fallas de la obra que hemos mencionado podrían atribuirse a la amplitud del tema que aborda Angelopoulos, y no restan mérito a la excelente labor de síntesis de una problemática tan compleja y difícil de desentrañar. Anticipándose a los acontecimientos, el autor predijo en otra obra suya publicada en 1972 que, de no tomarse medidas adecuadas a tiempo, sería inevitable una recesión económica a escala internacional, como en efecto sucedió. En esta ocasión Angelopoulos pronostica que si los países industrializados, incluidos los socialistas, no toman conciencia de su responsabilidad hacia otros países y adoptan sin demora una nueva política de desarrollo internacional, seguirá deteriorándose la situación económica, social y política. Seguramente, la historia volverá a darle la razón.

MARCELA SERRATO

DAVID HOWARD DAVIES, *Energy Politics*, Nueva York, St. Martin's Press, 1978.

Esta es una edición actualizada y revisada de una publicación que apareció antes de la crisis de 1973, cuando el mundo vivía todavía bajo la ilusión